

sol y sin agua, edificando todas las casas con sus correspondientes soportales. La plaza de aquella villa le pareció superior á la de la capital del principado, como sin duda lo es, pero el carácter de aquellos moradores, ya no le halló igual á los del puerto de Gijón, á pesar de la corta distancia entre unos y otros. Estas notables diferencias en la especie humana ocupaban su imaginación por largo tiempo, porque se habia propuesto observarlo todo detenidamente, á fin de indagar, si le era posible, el origen y la causa primordial de las discordias humanas, y de la infelicidad de los hombres. En lo poco que habia recorrido habia notado ya bastantes delirios, extravagancias y locuras, pero no podia fijarse aun en la causa primordial de este desorden en la sociedad. Esperaba por lo mismo recorrer otras provincias y ver mas mundo, para observar y comparar, á cuyo fin resolvió regresar á la villa de Oviedo, y emprender desde allí su viaje á la provincia de Santander, como así lo verificó.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Sale de Asturias Gil Blas, y se dirige á Santander por Colombres y Santillana.—Huye Gil Blas de Santander y cae prisionero por las tropas francesas.—Mejora de suerte en su prision, destinándole á servir á un sobrino de un coronel francés.—Lectura del Quijote de Cervantes.—Idea de otro semejante Quijote.—Lance extraordinario con el sobrino del coronel.

Emprendió su salida Gil Blas por la marina dirigiéndose á Villaviciosa, Colunga, Rivadesella y Colombres, término final de la provincia de Asturias, y principio de la de Santander. Coronaba el elevado punto de Colombres una muchedumbre de tropa, compuesta de milita-

res y paisanos muy persuadidos todos ellos de que era un imposible que los ejércitos franceses pudiesen penetrar por allí. Se le presentó la ocasion á Gil Blas de hablar sobre esto con el jefe principal de aquella guarnicion, y le dijo: —Efectivamente defienden Vds. un punto muy dificil de tomar por el enemigo, puesto que desde aquí dominan Vds. todas las alturas, que no puede ocupar el ejército francés sin perder mucha gente, pero yo creo que los que atravesaron los montes casi inaccesibles de los Alpes se burlarán de las alturas de Colombres.—Eso lo veremos, contestó aquel comandante. Todos los que aquí estamos hemos jurado morir antes que rendirnos á esos mentecatos, si intentasen invadir nuestro territorio.—Tambien ellos, replicó Gil Blas, han jurado perder su vida antes que faltar á las órdenes de sus jefes, y esto lo saben cumplir exactamente. Perecerán algunos, es verdad, antes de tomar estas alturas, pero si se empeñan en tomarlas, no dude Vd. que las tomarán, porque al emperador de los franceses nada le importa la pérdida de dos, tres, cuatro mil y mas hombres cuando se trata de salir vencedor, y no vencido.—Pues veremos le replicaron á Gil Blas, quien se cansa primero de morir.

—Oh! bárbaros dijo para consigo Santillana,

y se bajó hasta el rio por aquellos derrumbaderos. Algun tiempo despues ya supo que á la entrada de los franceses por aquel punto ganaron los de arriba á los de abajo en la ligereza de los pies, por cuanto no fué posible alcanzarlos, ni menos poder dar con ellos por entre aquellos montes. La misma arrogancia, la propia valentía, y el entusiasmo mismo observó Gil Blas contra el emperador y sus ejércitos en san Vicente de la Barquera, Comillas y Santillana. En este último punto se detuvo unos dias para averiguar en donde estaba la cuna primordial de sus ascendientes, pero ninguno le supo dar razon del canónigo Gil Perez, ni menos de su hermana, la madre del tan celebrado Gil Blas del siglo XVII. Desde entonces comenzó á fijarse en que toda esta historia era tan imaginaria como la Insula de Sancho Panza, por mas que el erudito Pellicer se haya empeñado en marcar esta Insula cerca de Buenavia, en el rio Ebro, como propia de los estados de los duques de Villa-Hermosa. Este erudito señor bibliotecario de S. M., con toda su ilustracion, se há derretido los sesos por demostrarnos, que todas las aventuras de don Quijote en la casa de los duques han sucedido en el palacio ó castillo que tenian los señores de Villa-Hermosa en Buenavia, junto á las riberas

del Ebro. Por consiguiente, que allí y no en otra parte se presentó Merlin y Montesinos anunciando el desencanto de Dulcinea con los azotes de Sancho; allí la aventura de Clavileño; allí la enamorada Altisidora de las buenas partes de don Quijote; allí los aruños gatescos sobre las narices del caballero andante; allí los singulares acontecimientos de la dueña doña Rodríguez, junto á la cama del valiente manchego á media noche; y finalmente allí el nombramiento hecho por el duque de Villa-Hermosa del gobierno de Sancho en la Insula Barataria.

Pero señor Pellicer, pregunta mi curiosidad, sino hubo en el mundo tal don Quijote de la Mancha, ni tal escudero Sancho Panza, ¿á donde ni en qué punto de la tierra podremos hallar una insula que jamas existió, ni su gobierno? Oh ingeniosísimo Miguel! Y á cuantos has hecho reir y delirar con tu incomparable imaginacion! Esa tu originalísima idea de suponer loco á tu héroe con la lectura de los libros de caballería, no tiene semejante, ni se halla una igual ocurrencia en los anales de las historias de todo el universo. Con ella has conseguido desterrar para siempre del mundo literario esa disparatada leyenda, ese fárrago de embustes, delirios, encantos, y quimeras imposibles, por donde creían ilustrarse los hombres de aquella época.

Cayeron aquellos libros, como tu mismo lo has pronosticado, antes de dar á la prensa el rayo que los habia de herir mortalmente. Yacen todos en el eterno sepulcro, de donde no volverán á salir jamás, y la posteridad pretérita y futura te ha tributado y tributará el merecido galardón de tu trabajo, concebido y perfectamente desempeñado entre las paredes de una cárcel.

A imitacion tuya he procurado yo, ingeniosísimo Miguel, desterrar de la sociedad, por el mismo medio, otra leyenda mucho mas perjudicial, en nuestros dias, que cuantos libros de caballerías hubo en la tierra. A imitacion tuya he procurado yo leer otros tantos ó mas libros de la falsa filosofía, como has leído tú los de la caballería para combatirlos y desterrarlos de sobre la faz del globo, para que jamás vuelvan á parecer sobre él, y acabar con la mitad del género humano. Esta leyenda, Cervantes inmortal, hizo ya mas desastres en la humana especie, que cuantos libros de caballería hubo en el mundo. Los desatinos, delirios y locuras, que se han estampado en los libros de la falsa filosofía, son mayores aun que los que tú describes en Amadis de Gaula, Palmerin de Inglaterra, don Belianis de Grecia y sus semejantes, y sin embargo han sido tan creidos los

unos como los otros. Con esta leyenda perdió también el juicio mi héroe Mr. Le Grand, y dió en la extravagante manía de emprender una regeneración universal en la humana especie. Con la idea de realizarla sembró sus libros filosóficos por todos los departamentos de la Francia, y consiguió por este medio realizar la espantosa revolución de 1789, cuya horrorosa historia describo en mi *Quijote del siglo XVIII*, para que los venideros se asombren y escarmenten en una lección tan terrible. Con esta leyenda se verificaron todas las demás revoluciones que se sucedieron á la de la Francia en las demás naciones europeas. Con esta leyenda se revolucionaron las Américas corriendo espantosos ríos de sangre humana en todas estas revoluciones por la maldecida lectura de los libros de la falsa filosofía, que mi regenerador universal se propuso estender por todas partes para hacer la felicidad de todo el género humano.

Con esta idea le hago dar la vuelta al mundo, acompañado de otro gracioso escudero, pariente muy inmediato de Sancho Panza. Con esta idea se hace en mi *Quijote* una relación histórica de todos los puntos por donde ha pasado mi héroe en Europa, Asia, Africa y América, para que los lectores conozcan el mundo y los

hombres, que no han conocido los filósofos, que se han propuesto la regeneración de la humana especie. Con esta idea presento cien textos de la Biblia en contraposición de la falsa filosofía: y así como tú has profetizado que se habían de sepultar en el olvido los libros de caballería, del mismo modo me atrevo yo á predecir, que con igual desprecio han de ser mirados los libros que pervierten la juventud inesperta para el trastorno de los gobiernos establecidos, y del orden social. Pero volvamos á coger el hilo y sigamos el rumbo de nuestro Gil Blas.

Emprendió este su salida de Santillana, y se dirigió á la ciudad de Santander, en la cual y toda su provincia observó un levantamiento igual al de Asturias contra Napoleón, dirigido por aquel original obispo don Rafael Menéndez de Luarca. Cuando le dijeron que aquel ilustrísimo prelado insurreccionaba á todos sus diocesanos con un crucifijo en una mano, y la espada en la otra, conduciéndoles al esterminio por los horrores de una guerra que debía acabar con una gran parte de estos infelices, exclamó:—¡Oh soberano Jesús, Jesu-Cristo, redentor nuestro tú no has usado jamás de la espada en el sagrado ministerio de nuestra redención; si tú has predicado siempre la caridad, y el amor fraternal que debe reinar entre todos nosotros; si tú nos

has dicho, que tu reino no era de este mundo, y que para llegar á él, haga cada uno abnegacion de sí mismo, tome su cruz, y que te siga, ¿en qué parte de tu evangelio, ó en qué punto de tu sagrada doctrina pudo hallar este sucesor tuyo y de tus apóstoles, que debemos sacrificar á nuestros semejantes ó ser sacrificados por ellos en la mas cruda guerra que ni los tigres, ni las mas feroces bestias han tenido jamás?

Irritado Gil Blas con estas reflexiones que ya sabia hacerse así mismo por lo que habia estudiado y aprendido, no quiso detenerse mas en la ciudad de Santander, y emprendió su ruta hácia otro punto de mejores habitantes. Pero ¡oh miserable condicion de la humanidad! Huia Gil Blas del religioso fanatismo del obispo de Santander, y no estaba en sus alcances penetrar que huyendo del escollo de Scila iba á entrar en el de Carribdis. A muy pocas leguas de su viaje se halló sorprendido por una avanzada de tropa, que teniéndole por un espia de aquel obispo:—Dése Vd. á prision, le dijeron. Era efectivamente una partida del ejército francés que se hallaba en observacion de los movimientos de la provincia de Santander, y habiéndose posesionado del pobre Gil Blas, le enviaron con escolta á su coronel para que le examinase

escrupulosamente. Iba el infeliz metido entre bayonetas, contando con ser fusilado tan luego como llegase á la presencia del jefe de aquella tropa enemiga. Estaba este con la demas fuerza á una legua de distancia de su avanzada, y cuando le entregaron aquel prisionero con la nota de un espia del ilustrísimo don Rafael, comenzó á examinarle con toda escrupulosidad.—Gil Blas, que lejos de ser un espia de aquel prelado iba huyendo de su espada, temiendo que le obligase á tomar el fusil que él detestaba, y aborrecía, se lo hizo á sí presente al coronel, y habiéndose esplicado muy largamente con él sobre los deberes del ministerio sacerdotal, dirigidos á conservar la paz que nos dejó ya consignado el Redentor, reconoció aquel jefe en Gil Blas una alma adornada de buenos sentimientos, y se prendó de sus bellas disposiciones.

Dos dias le conservó en su compañía para examinarle y probarle mas detenidamente, y habiéndose cerciorado de sus buenas prendas, le propuso admitirle en su servicio si le acomodaba, ofreciéndole buen trato y mejor sueldo. Gil Blas, que habia consentido ser pasado por las armas al presentarlo ante aquel coronel, cuando le oyó la propuesta de admitirlo en su servicio, se ofreció á él con las demostraciones de la mas pura gratitud. Quedaron pues

de acuerdo amo y criado en que al siguiente día le llevaria su asistente á Vitoria, en donde tenia él un sobrino de edad de 16 años, al cual tendria que cuidar y vigilar, á fin de que no se estraviase ínterin su tio regresaba á aquella ciudad. Entró Gil Blas en la compañía de aquel hermoso jóven, de una figura interesante y de un atractivo encantador, y cuando el asistente de su tio le informó de que este buen español estaba contratado para servirle y acompañarle, puso toda su atencion el sobrino del coronel en la persona de Gil Blas y en todas sus facciones. No reparó y observó menos Gil Blas el aspecto y fisonomía de su jóven amo, y le pareció que efectivamente se podrian bien avenir el uno con el otro. Era el sobrino del coronel de una hermosísima figura, y de un carácter dulce y afable. Manifestaba en todo su rostro la amabilidad y la sencillez. Eran negros y muy agraciados sus ojos y sus miradas de un singular atractivo. No asomaba aun el pelo en su barba, y vestía muy elegantemente. Luego que se vió á solas con su sirviente le llevó por toda la casa, le enseñó todas las piezas interiores de ella, y dijo á Gil Blas que, segun carta que le habia entregado el asistente de su tio, él nada tendria que hacer sino hacerle compañía, entretenerle y diver-

tirle, pues para todo lo demas tenian en la casa la necesaria asistencia.

Quince dias se llevó Santillana en la dulce compañía de este amable jóven, sin otra ocupacion, que la de comer y beber bien, conversar amigablemente entre los dos, y dar sus paseos por tardes y mañanas por dentro y fuera de la ciudad. Pasado este tiempo, se dejó entrar, sin preceder aviso, el señor coronel con la idea de hacer una visita á su querido sobrino, y habiéndose informado de este del comportamiento de Gil Blas, le dijo que se hallaba muy contento con él, pero que le miraba con algun respeto por haber notado en su conversacion ser algo austéro en sus sentimientos. Le añadió tambien, que Gil Blas habia estudiado en la universidad de Salamanca, y que le parecia que habia aprovechado el tiempo en sus estudios, porque en todas sus conversaciones descubria mucha erudicion.—Ese mismo juicio he formado yo de él, dijo el tio al sobrino, y por esta razon lo he contratado para que al lado suyo puedas aprender todo lo que él pueda enseñarte. He notado en tí que aunque sabes leer, no lo haces con aquel sentido que corresponde: porque el leer bien es mas difícil de lo que parece. Yo os daré algunas obras instructivas, y entre los dos las podreis repasar con utilidad. Yo me

marcho mañana al regimiento, del cual me vendré cuando pueda á visitarte, aunque sea tan rápidamente como ahora.

En efecto, al siguiente dia tuvo media hora de sesion con Gil Blas, y habiéndole dado algunas instrucciones respecto de su comportamiento con su nuevo amo, se despidió y se marchó á su regimiento con alguna precipitacion. Quedaron pues solos amo y criado para entregarse libremente á la lectura de algunos libros, que de su librería habia dado el coronel á Gil Blas. Era uno de estos el Quijote de Cervantes, cuya lectura es bastante dificil, si se le ha de dar el sentido que tenia en su imaginacion aquel inimitable autor, pero con cuya leyenda se aprendia á conocer el verdadero idioma castellano de aquel tiempo. Siguieron algunos dias muy entretenidos con las gracias de Sancho Panza y locuras de su amo. Se cobraron con este motivo mayor familiaridad y confianza los dos amigos y compañeros, y usando de ella el sobrino del coronel, quiso dar á Gil Blas una fina prueba de su verdadera amistad. Le llevó con esta idea al cuarto de su señor tío, y abriendo una cómoda, tiró de una naveta de ella, y la sacó toda atestadita de onzas de oro. Retiró aquella, y sacó otra tambien llenita de medias onzas y otras varias monedas, todas ellas de buen

oro español. Admirado Gil Blas de tanta riqueza, se dejó decir á su jóven amo:—¿Y todo este tesoro deja á su disposicion su buen tío y señor? No solamente esto está á mi disposicion, le contestó, sino tambien lo que Vd. va á ver ahora mismo; y abriéndole un baul que estaba en la misma pieza se lo manifestó á Gil Blas todo atestadito tambien de cálices, patenas, copones, vinageras, y demas vasos sagrados todos de plata y oro.

Recurrió entonces Gil Blas á toda su prudencia para disimular la sorpresa que tan extraña vista le habia causado. Disimuló cuanto le fué posible su indignacion, y muy satisfecho su jóven amo de haberle dado una prueba de su amistad, contó desde entonces con la de Gil Blas con la mayor confianza en él para todo cuanto le pudiese ocurrir. Muy otras eran las ideas de su buen sirviente, el cual habiéndose retirado á su cuarto comenzó á esclamar consigo á solas de la manera siguiente ¡Oh incomprendible don Rafael Menendez de Luarca! Oh prelado original! Yo te pido perdon de haberme burlado de tí cuando con el crucifijo en una mano y la espada en la otra predicabas la guerra contra los enemigos de nuestra sagrada religion. El robo de estos cálices y demas vasos sagrados, ¿qué otra cosa significa sino la burla

y el escarnio que los señores jefes del ejército francés hacen de nuestro culto al verdadero Dios? Y si la religion que ellos profesan es la misma religion cristiana que la nuestra, ¿qué juicio debemos formar de estos señores que dicen vienen á regenerarnos? ¿Qué regeneracion debemos esperar de los que desprecian el divino culto que todos debemos tributar al Hacedor supremo de todo el universo? ¡Oh Dios mio, y á dónde he venido yo á parar! ¡Que será de mí en la compañía de este tío y sobrino, tan unidos los dos al parecer sobre robar á los españoles todo cuanto les sea posible? Si yo no profesase otra religion diferente de la suya, ¿qué dificultad podria hallar en robar tambien una gran parte de este tesoro, aprovechándome en una noche del sueño de mi jóven amo? ¿Pero habia de ser yo un ladrón por hallarme metido entre ladrones? No, en esta parte no seré yo menos que mi ascendiente Gil Blas, el cual aunque se halló con ellos en la cueva subterránea cerca de Astorga, no consiguieron de él hacerle su compañero en aquel oficio.

Por otra parte yo debo tomar un partido, y en verdad que no alcanzo cual me estará mejor. El coronel se ha portado conmigo muy honrosamente. El sobrino ha hecho de mí la mayor confianza en lo que acaba de descubrirme. Yo

seria un ingrato, si les ocasionase el menor daño ó perjuicio por lo que acabo de saber, y la ingratitud no se abrigará jamás en mi corazon. Continuaré pues como hasta hoy con este jóven que tanto me aprecia, y el tiempo me irá manifestando lo que debo hacer.

Siguieron pues por algunos dias estos dos casi amigos y compañeros con la lectura de Cervantes, dando sus paseos por tardes y mañanas. Era estremadamente amigo de la limpieza el sobrino del coronel, y tenia por costumbre lavar todo su cuerpo, quedándose en cueros, entre ocho y nueve de la mañana. A esta misma hora precisamente ocurrió á Gil Blas hacer una pregunta á su jóven amo, y habiendo entrado en su cuarto y halládole en cueros, la admiracion y el espanto se apoderaron á un mismo tiempo de los dos. Ambos dieron un espantoso grito sin que se pueda saber cual de ellos habia quedado mas sorprendido. ¡Oh milagrosa transformacion de los humanos! El sobrino del coronel era una sobrina con las mas bellas facciones en todo su cuerpo. Ni sábana ni toalla tenia á la mano para cubrir sus tiernas y blancas carnes. Volver la espalda á Gil Blas era manifestarle las partes posteriores, que procuraba encubrir como las del frontispicio. Acudió pues á la posicion que le pareció menos escandalosa

que fué la de ponerse en cuclillas; pero Gil Blas ya habia visto todo lo que habia que ver.—Sálgase Vd. de aquí cuanto antes, hombre incivilizado, exclamaba el sobrino y la sobrina del coronel. No necesitaba de esta advertencia el sorprendido Gil Blas, porque apenas vió lo que no esperaba ver, acudió apresuradamente á tomar la puerta, y tropezando en ella, la cerró de golpe, y se corrió un resorte que habia en la cerradura, cuyo secreto solamente conocia la que se hallaba en cuclillas á la sazón. No tuvo pues otro arbitrio la sorprendida venus, que ponerse de pies, y presentar todo su hermoso talle á su aturcido sirviente. Al pasar por junto á él para abrirle la puerta, le dice, cierre Vd. esos ojos, hombre inconsiderado. Ya los tengo cerrados, le contestó Gil Blas, y nada veo de lo que he visto. En efecto se abrió la puerta, se salió el criado, y se quedó á solas el varon y la hembra representados en el sobrino del coronel. Las reflexiones consiguientes á este raro paso tanto en el amo y ama, como en el criado, serán materia del capítulo siguiente.

CAPITULO II.

Reflexiones de Gil Blas sobre la transformacion de su amo en una hermosa jóven.—Determinacion de ésta para que Gil Blas la restituyese á la casa de sus padres.—Entrada de los dos en la ciudad de San Sebastian.

Hemos ofrecido en el capítulo anterior ocuparnos de las reflexiones que debieron ocurrir así al amo como al criado, á consecuencia del tan raro como inesperado lance, porque efectivamente tanto al uno como al otro debió trabajar su imaginacion; pero daremos principio por las reflexiones de Gil Blas. Retirado este á su cuarto, y reconociendo que no era un amo á quien servia, sino á una dama de 16 años de hermosa figura, y de un carácter el mas amable, la cual ya antes de descubrir su sexo, le habia dado finas pruebas de su mayor aprecio y estimacion, comenzó á racionar para consigo de la manera siguiente: Mundo engañador, mundo de trampas y picardias! ¿Qué es lo que me está pasando en el centro de tus enredos que yo procuro investigar, tratando de reconocerte y estudiarte? Yo me hallé prisionero al salir de